

METALISTERIA PRERROMANA EN LA CUENCA DEL DUERO. UNA PROPUESTA SECUENCIAL PARA LOS PUÑALES DE TIPO MONTE BERNORIO

CARLOS SANZ MINGUEZ

Introducción

Hace algún tiempo, aprovechando precisamente el marco de este Boletín, abordamos el estudio de ciertas variantes tipológicas de uno de los elementos sin duda más singulares y característicos de la panoplia prerromana de la Meseta Norte: el puñal de tipo Monte Bernorio (Sanz, 1986).

Pese al escaso tiempo transcurrido desde entonces, la incorporación de numerosos y notables hallazgos producidos en estos últimos años, y de manera muy especial en el propio yacimiento de Padilla de Duero, nos ha movido a redactar las presentes notas*, a través de las cuales deseamos expresar el testimonio de nuestra admiración y respeto por el desaparecido profesor Balil.

No parece necesario extenderse sobre el papel pionero que D. Juan Cabré protagonizara en el estudio de este arma, definiendo en un primer estadio sus aspectos estructurales (1920), estableciendo después su seriación (1931) y finalmente matizando su desarrollo cronológico (1933). El segundo de los trabajos mencionados, pese a excederse en algunos de sus intentos seriativos (Cabré y Morán, 1982: 74), ha constituido el punto de referencia obligado para cualquier estudio que se interesara sobre el particular. La incorporación, sin embargo, de nuevas referencias al panorama investigador, producidas sobre todo en el último decenio, ha condicionado en gran medida, por segmentarias, las valoraciones establecidas por Cabré en dicho trabajo.

Buena parte de la información novedosa se debe a Griño (1989), quien, a través de la consulta directa de los fondos del MAN y MAP de Burgos, aporta numerosas piezas inéditas, sobre todo de la necrópolis de La Osera y en proporciones más humildes de Las Cogotas, Miraveche, Villanueva de Teba y Almaluez.

* Deseamos expresar nuestro agradecimiento a D. Ernesto García-Soto y a Dña. Idoia Filloy por habernos facilitado sus comunicaciones aún inéditas sobre el armamento de esta tipología aparecido en Ucero y La Hoya respectivamente, así como a D. Jesús Misiengo por sus valiosas referencias relativas a la necrópolis de Carratiermes. Finalmente, extender nuestra gratitud y deuda a D. Eugenio Fontaneda por poner a nuestra entera disposición varias piezas de las antiguas colecciones de Comillas y Martínez-Burgos; y asimismo al Dr. Delibes de Castro quien nos proporcionó el manuscrito inédito de Martínez-Santa-Olalla.

La exhaustiva descripción y documentación gráfica proporcionada tanto para éstas como para las piezas ya publicadas, convierten al catálogo de Griño en obligada e inestimable fuente de consulta. No obstante entre la redacción del mismo y su publicación se han producido numerosas aportaciones cuya enumeración obviaremos por el momento ya que irán considerándose en el transcurso de nuestro trabajo, quedando recogidas, en cualquier caso, en la recensión que hicimos sobre la obra de la citada autora (Sanz, 1990, a).

Únicamente deberíamos añadir la presencia de piezas naviformes constitutivas de la empuñadura del arma en la necrópolis tumular de Ubierna (Burgos), cuya existencia nos ha sido posible comprobar entre los materiales expuestos en las vitrinas del MAP de Burgos.

Con todo, la revisión del puñal bernoriano —teniendo en cuenta lo reciente de trabajos de conjunto como el de Griño— adquiere justificación no tanto en la cantidad de piezas novedosas como en la calidad de información que proporcionan algunas de ellas, y muy especialmente las obtenidas en Padilla de Duero.

No debemos olvidar que la mayoría de las evidencias del arma se repartían hasta hace bien poco de forma muy polarizada entre dos focos: septentrional o burgalés-palentino y meridional o abulense, respondiendo, a nuestro juicio, la importancia cuantitativa de éste último más a la intensidad de la investigación que al arraigo del arma en la zona.

Los ejemplares palentino-burgaleses carecen además, en virtud de la propia metodología de exhumación, de asociaciones fiables; los del grupo abulense, aunque se benefician de contextos precisos no sirven para explicar los momentos formativos del arma.

Tampoco podemos sustraernos a la naturaleza dispar de la cultura material asociada a los puñales en las tumbas de una y otra área, lo que dificulta ciertamente la dinámica comparativa. Piénsese por ejemplo que en las necrópolis del área Norte se desconocen las cerámicas a peine o incluso en los cementerios más tardíos, tal vez por fenómenos rituales (Sacristán y Ruiz-Vélez, 1985: 212), las producciones celtibéricas; o que en Avila pese a existir puñales Monte Bernorio no hallan representación placas de tipo Bureba, espadas Miraveche, etc., etc.

La habitual fragmentariedad del arma, ha constituido, por otro lado, un problema añadido para establecer a nivel evolutivo las relaciones entre los diversos elementos —puñal (pomo y hoja), vaina y tahalí— integrantes de aquélla.

Ante esta situación creemos que la colección de puñales obtenida en la necrópolis de Padilla, tanto por la posición estratégica que detenta el enclave entre los focos tradicionales de distribución, participando de la cultura material característica de ambos, como por la concurrencia de la práctica totalidad de variantes tipológicas conocidas (detentando incluso la exclusividad de alguna de ellas), como también por la presencia de varios ejemplares completos hasta en sus cachas óseas, beneficiarios asimismo de materiales asociados, ofrece novedosos datos que, contrastados con los más recientes hallazgos de otros enclaves, nos acercan a una lectura más fidedigna de la evolución y protagonismo desempeñado por este puñal de los confines de la protohistoria meseteña.

No trataremos aquí de los posibles prototipos extrapeninsulares del arma, re-

mitimos para ello a las teorías expuestas sobre el particular (Cabré, 1931: 233-224; García y Bellido, 1933: 208-210; Griño, 1989: 99-100).

Nuestro interés se centra más bien en analizar o reconstruir la secuencia evolutiva del tipo una vez conformado en sus aspectos más esenciales y diferenciadores, dentro de su marco natural de distribución: la Meseta Norte.

La variedad que subyace bajo la genérica denominación del tipo, podría obedecer cuando menos a factores de orden cronológico, social o geográfico, es decir, el arma debió de sufrir una evolución formal y estética a lo largo de su vigencia, al tiempo que la existencia de varios talleres artesanales en áreas geográficas alejadas, o el status social detentado por su destinatario, podrían determinar las características y grado de elaboración de los productos.

La gran homogeneidad observada para los puñales de la colección padillense la explicamos en su día desde una óptica difusionista o geográfica, considerando la existencia de un patrón-base del arma para toda la Meseta Norte que era particularmente interpretado, en función de las diversas áreas (norte, centro y sur) con unos caracteres específicos (Sanz, 1986: 25, 38 y 39), lectura similar a la expuesta recientemente por Griño (1989: 93).

El proceso de excavación desarrollado desde entonces en este yacimiento, unido a los datos proporcionados por los nuevos hallazgos de otros enclaves nos mueven a replantear la cuestión utilizando un modelo de argumentación seriativo o cronológico, aunque sin desdeñar los otros factores de influencia señalados. Nuestra propuesta se articula en la ordenación de los tipos definidos por Griño, si bien las fases que establecemos no guardan correlación estricta con aquéllas, ya que la consideración parcial de datos trascendentales como la longitud de las piezas —aplicada por Griño para diferenciar los tipos I y II, pero no así para el resto de los tipos— nos obligará a especificar ciertos ejemplares dentro de algunos grupos. En cualquier caso, para una mejor comprensión de la evolución morfoestructural de los puñales véase la fig. 3 (necesariamente incompleta dadas las amplias posibilidades de variaciones, pero ajustada para obtener una idea de conjunto).

Fase formativa

En nuestra primera aproximación al estudio de los puñales Monte Bernorio mantuvimos, basándonos en criterios estilísticos, la contemporaneidad de las piezas padillenses de contera circular, rectangular y cuadrada (Sanz, 1986: 39).

Estos ejemplares quedan englobados en el tipo V de Griño, si bien se hace necesario crear la variante VC para dar cabida al ejemplar de contera cuadrada con escotaduras laterales de morfología plenamente confirmada en los puñales de Alpanseque (Cabré, 1931. fig. 2:1), Carratiermes (Martínez, en prensa) y Padilla de Duero (Sanz, 1986: fig. 1:3), erróneamente interpretado como pieza fragmentada de tipo VB (Griño, 1989: 17). Asimismo debe establecerse la variante VD para acoger un ejemplar inédito de Miraveche, perteneciente a la colección Fontaneda, de contera cuadrada rematada en cuatro discos que según la clasificación de Griño debería encuadrarse en el tipo IIB. La morfología y dimensiones específi-

cas de esta pieza, acordes con las del tipo V justifican, sin embargo, su inclusión dentro de esta fase.

Este grupo constituiría, según intentaremos demostrar, el germen o modelo formativo del puñal Monte Bernorio, siendo su foco generador un área localizada en el Duero Medio, de la que por el momento Padilla constituye el baluarte más expresivo.

Sin entrar en una descripción pormenorizada de los caracteres de este grupo, tarea realizada ya en su mayor parte por Griño, resumiremos los principales rasgos tipológicos que en nuestra opinión definen y otorgan arcaísmo a estas piezas: 1) lengüeta o pestaña trapezoidal en embocadura de vaina de grandes dimensiones (fig. 3:1) que determina a su vez la morfología de la guarda y la hoja; 2) empuñadura construida mediante espigo de la hoja y cuatro piezas naviformes de forma trapezoidal asimétrica y sección en V, independientes entre sí (fig. 3:2) —aspecto no valorado por Griño tal y como se desprende de la contemplación de la tipología propuesta para pomo y guarda (Griño, 1989: 12 y 13)—, cuya unión se produciría por parejas y combinada con otros elementos orgánicos, en el eje longitudinal del arma (fig. 3:3). En este sentido, el hecho de que no se haya conservado ninguna empuñadura en conexión se debe no tanto a fenómenos de fractura en relación con el debilitamiento que para la guarda supuso esta desarrollada lengüeta (Griño, 1989: 13), como a la propia morfología y construcción de las piezas naviformes, bien diferentes de las más evolucionadas; 3) la hoja acusa el característico estrangulamiento en su tercio inferior y presenta en el inicio del espigo una lengüeta trapezoidal (fig. 3:4); 4) sistema de anclaje presidido por la sencillez y carácter fijo de los elementos, impidiendo, aparentemente, la posibilidad de regular posiciones de ajuste: la vaina carece de presillas metálicas por las que deslizar el cinturón o correa (que incorpora p. e. el tipo IIB), realizándose la sujeción con dos remaches de cabeza cónica o preferentemente hocihada (fig. 3:5) y sus respectivas arandelas (fig. 3:6); tampoco se documentan en el reverso del fuste o en la contera hembrilla ni resto alguno que evidencie el sistema de conexión del puñal con el extremo distal del tahalí; 4) éste es corto, de perfil triangular escasamente incurvado y remachado al igual que la vaina mediante dos roblones con arandela (fig. 3:7), careciendo aún del apéndice proximal característico de producciones más avanzadas; 5) dimensiones reducidas: para la vaina 200 mm. de media, siendo inferior en cualquier caso a los 230 mm. de longitud; 6) la decoración que engalana a las piezas ornadas se caracteriza por ceñirse exclusivamente al tercio superior e inferior de la vaina y a su empuñadura, desarrollando una temática geométrica muy homogénea a base de combinaciones de triángulos, cuadrados, círculos y zig-zags en la que no participan aún las lacerías, ejecutada mediante técnica de fina incisión o bien calado. El uso del damasquinado, presente excepcionalmente en un ejemplar de contera discoide y en un tahalí de las tumbas 38 y 77 de Miraveche respectivamente (Griño, 1989: 189 y 202) y en un ejemplar inédito del mismo yacimiento integrado en la colección Fontaneda, se generalizará en las fases subsiguientes.

La distribución geográfica del tipo V (fig. 1) aparece centrada en el valle del Duero, sobre todo en su sector medio, donde Padilla de Duero arroja un míni-

mo de catorce ejemplares que vienen a representar el 60% del total; cuatro ejemplares más de las necrópolis sorianas de Uceró, Alpanseque y Carratiermes constituyen un discreto testimonio del arma bernoriana en un contexto en el que prima otro tipo de panoplia. Finalmente en el grupo septentrional alcanzan representación en Miraveche (cinco ejemplares) y tal vez en Ubierna (de donde procede una pequeña pieza naviforme propia del tipo). El foco abulense queda, pues, al margen de la expansión inicial del arma; únicamente una hoja de característica lengüeta trapezoidal perteneciente a la colección de A. Molinero (Cabré, Molinero y Cabré, 1932: fig. 4) podría testimoniar esta fase inicial, si bien somos partidarios de interpretarla como ajena a la zona.

Un reparto por subtipos permite valorar cómo los ejemplares de contera discoidal o VA son los más abundantes: siete en Padilla (Sanz, 1986: fig. 1:2; fig. 2:2-5; fig. 5:2; más un ejemplar aún inédito obtenido en la tumba 9), dos en Uceró (García-Soto, en prensa) y cuatro en Miraveche (Griño, 1989: cat. 63, 69, 76 y 87). Estas piezas constituirían la base de los ejemplares de contera discoidal

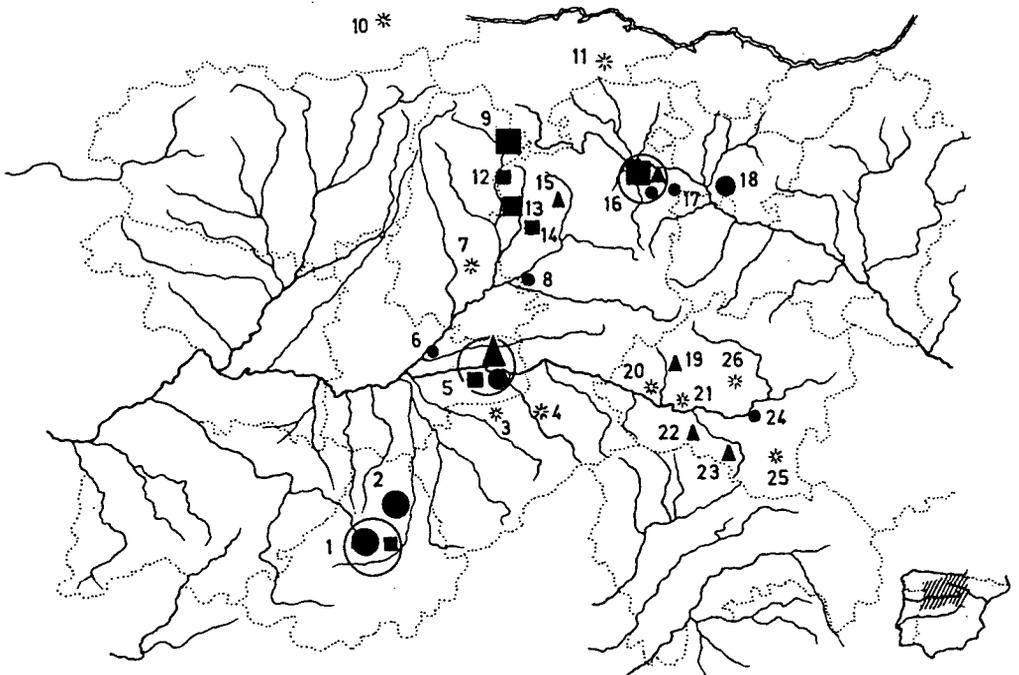


Fig. 1: Mapa de dispersión tipológica (\blacktriangle : fase formativa, \blacksquare : fase de desarrollo, \bullet : fase expansión, $*$: indeterminados) y cuantitativa ($\triangle \bullet < 3$, $\triangle \bullet < 6$, $\triangle \bullet > 6$) de los puñales de tipo Monte Bernorio: 1. La Osera, 2. Las Cogotas, 3. Cuéllar, 4. San Miguel de Bernuy, 5. Padilla de Duero, 6. Soto de Medinilla, 7. Arconada, 8. Palenzuela, 9. Monte Bernorio, 10. Caravias, 11. Matienzo, 12. Peña Amaya, 13. Villamorón, 14. Sasamón, 15. Ubierna, 16. Miraveche, 17. Villanueva de Teba, 18. La Hoya, 19. Uceró, 20. Osma, 21. Gormaz, 22. Carratiermes, 23. Alpanseque, 24. Almazán, 25. Almaluez, 26. La Mercadera.

evolucionados que continuarán siendo los más habituales y que probablemente debamos identificar con status guerreros más modestos (recuérdese que salvo casos excepcionales estas piezas no se encuentran damasquinadas).

La variante VB de contera rectangular con calados semicirculares resulta por el momento exclusiva de Padilla de Duero (Sanz, 1986: fig. 1:1; fig. 2:2) y podría constituir el precedente tipológico de los productos de contera de cuatro discos unidos por barritas verticales o tipo I.

Los tres ejemplares de tipo VC hasta ahora conocidos se reparten por Padilla (Sanz, 1986: fig. 1:3), Carratiermes (Martínez, en prensa) y Alpanseque (Cabré, 1931, fig. 2:1). La variante VD únicamente halla representación en Miraveche, a través del ejemplar inédito de la colección Fontaneda. Ambos tipos y específicamente el último constituirían el germen de los ejemplares de tipo II.

Los principales elementos cronológicos con que contamos para apoyar este momento formativo provienen de la necrópolis de Las Ruedas de Padilla de Duero. Dentro de la estratigrafía horizontal propuesta para el yacimiento (Sanz, 1990, b) comprobamos cómo las evidencias del puñal del tipo V se circunscriben de forma bastante estricta al área meridional y más antigua del cementerio. Efectivamente aquéllas se obtuvieron en los sectores de excavación iniciales o sureños de la zanja II (sectores A a N de la trinchera de 3 × 114 m. abierta entre 1985 y 1987, en dirección S/N), tanto en conjuntos cerrados (tumbas 9, 19 y 21), como en el relleno arqueológico de los depósitos destruidos; asimismo los ejemplares de la colección Madrazo y el de la tumba 1 ya publicados en su día (Sanz, 1986) procedían de un área al Sur de dicha zanja.

Aunque en una primera aproximación a la interpretación de la necrópolis establecimos el nivel más antiguo hasta los sectores T/Y de la zanja II (Sanz, 1990, b: 169), un estudio detenido nos lleva a reducir este espacio hasta una zona próxima al sector N. En este marco espacial nos parece posible perfilar un horizonte de cultura material de cierta coherencia y expresividad, del que destacan elementos ausentes en zonas más norteñas de la zanja como: fíbulas de doble resorte de puente en cruz (grupos II y III: Campano y Sanz, 1989: 71) que nos remiten a fechas centradas en el siglo IV a. C. y concretamente en su primera mitad como recientemente sugiere Argente (1989: 134-135), límite probablemente más acertado que el señalado por Cabré y Morán (1977: 120, fig. 7) y asumido en nuestro trabajo (Campano y Sanz, 1989: 72), fíbulas anulares hispánicas y de pie alzado con botón terminal, ambas con resortes de muelle generados a partir del arrollamiento de la propia cabecera, en un ambiente previo, pues, a la generalización de los ejemplares de cabecera fundida y perforada para alojar un eje, cuya implantación parece producirse en el siglo III a. C. (Martín Montes, 1984: 44); caetras con manillas de cinta muy simple que carecen del característico refuerzo central (Cabré, 1940: lám. XIV: 4), del tipo de las halladas en estado fragmentario en Villamorón (Schüle, 1969: taf. 157: 5-6) o completa en Padilla (inédita); pulserillas abiertas y broches amorcillados de anilla y dos garfios similares a los hallados en el depósito de La Majúa (Gutiérrez, 1985: fig. 12: 3-5) datado entre fin del siglo VI y mitad del IV a. C., etc.

Igualmente interesante nos parece señalar que los puñales de tipo V hallados

en Padilla aparecieron en tumbas carentes de cerámica (depósitos 1 y 9) o con cerámicas exclusivamente hechas a mano (depósitos 19 y 21) algunas incluso de perfiles verdaderamente arcaicos. En función de todos estos datos, y a pesar de lo arriesgado de definir los espacios cronológicos, creemos movernos al menos en la primera mitad del siglo IV a. C.

Hacia una cronología similar, incluso ligeramente anterior, podría conducirnos el puñalito de Alpanseque, al parecer asociado a una espada de frontón (Cabré, 1916: 14), en función de lo cual habría que considerar el conjunto como de los más antiguos de la necrópolis, datándole en el transcurso del siglo V a. C. (Cabré y Morán, 1975: 15).

Por su parte el puñal de la tumba 180 de Carratiermes apareció asociado, como elementos más representativos, a una fíbula de doble resorte de puente en cruz y a un cuenco decorado a peine. La data del conjunto en un momento pleno del siglo IV o incluso en los inicios del III a. C. (Martínez, en prensa; Misiego y Altares, en prensa) quizás pueda pecar de excesivamente moderna a la luz de los datos precedentes.

Algo similar cabría señalar para los hallazgos de Ucero producidos en las tumbas 23 y 48 —no así la hoja de la tumba 30 de perfil pistiliforme, tipológicamente más evolucionada—, asociados en el primer caso a elementos metálicos de los que destaca una espada corta de antenas atrofiadas con hoja de filos rectos y paralelos, y en el segundo a una fíbula de doble resorte de puente en cruz y un cuenco cerámico elaborado a torno (García-Soto, en prensa). Este autor inicialmente adscribe dichos ejemplares a las fases segunda y tercera de la necrópolis, cuyo espacio cronológico se extiende, respectivamente, a lo largo del siglo IV a. C. y en el tránsito al mundo celtibérico entre fines del IV e inicios del III a. C. (García-Soto, 1989: 63-64). Con posterioridad data las tumbas con puñales Monte Bernorio a partir de la segunda mitad del siglo IV a. C. (García-Soto, en prensa). Efectivamente, la presencia de cerámica a torno en la tumba 48 aconsejaría cuando menos los comedios del siglo IV a. C., en cualquier caso conviene recordar que los ejemplares sorianos en general detentan un carácter claramente alóctono y tal vez por ello en este caso no estemos valorando tanto el momento de producción y vigencia del tipo como el de su amortización en la tumba.

Mayor imprecisión proporcionan los materiales recuperados en las necrópolis del grupo burgalés. Las asociaciones de Miraveche no ofrecen garantías, y por lo que se refiere a Ubierna el carácter inédito de este conjunto impide mayor beneficio para las piezas objeto de estudio que el apuntar la cronología general, siglo V y IV a. C., esbozada en los primeros avances (Abásolo et alii, 1982: 25).

2. Fase de desarrollo

El foco palentino-burgalés destaca con luz propia por la capacidad adaptadora e interpretativa de modelos metálicos establecidos, siendo posiblemente la visión hipertrófica de los mismos el carácter más destacado de su peculiar metalistería.

En esta línea, parece como si tras la recepción de los primeros puñales de

tipo V, y a instancias de este foco, se produjeran ciertas modificaciones en la concepción del puñal, en un primer momento concernientes casi exclusivamente al alargamiento de las piezas —longitud entre 230/240 y 300 mm.—, respetando, por lo demás, tanto los planteamientos morfológicos como decorativos, para a continuación en una segunda fase introducir profundos cambios en ambos aspectos, manteniendo no obstante las proporciones.

Esta tendencia a la aplicación de un canon de proporciones superiores a las habituales en otras zonas se hace extensiva a otro tipo de materiales como broches de cinturón, fíbulas, etc.

El alto grado de implantación que alcanzaron estos productos en el Norte meseteño, así como su escasa irradiación fuera de este ámbito nos plantea la duda de si los mismos representan únicamente unas facies regional o si por el contrario constituyen fase evolutiva o paso obligado en la seriación de este arma. Nos hemos decantado por esta última posibilidad a la vista del sistema constructivo de sus empuñaduras o de los caracteres morfológicos de sus conteras de cuatro discos, teñidos de cierto arcaísmo que no detentan los ejemplares de la que hemos denominado, en último lugar, fase de expansión.

El primer momento de la fase de desarrollo se encontraría representado por varios de los ejemplares incluidos en el tipo VA por Griño —que si bien poseen desarrollada lengüeta y contera discoide, su longitud netamente superior las individualiza suficientemente— y por el modelo IIB de contera de cuatro discos.

La morfología coincide básicamente con la del tipo V en lo que se refiere a la desarrollada lengüeta de la embocadura (fig. 3:9) y las partes con ella directamente relacionadas —hoja (fig. 3:10) y pomo (fig. 3:11)—, así como al sistema de anclaje, por más que se haya apuntado en algunos ejemplares de este modelo la aparente incorporación de hembrillas o presillas posteriores a los remaches, actualmente perdidas (Griño, 1989: cat. 86 y 61), cuya presencia nos parece altamente improbable ante su negación en el resto de las piezas incluidas en esta fase; algunos tahalís experimentan, sin embargo, ciertas modificaciones, añadiendo a su borde proximal un delgado vástago cuyo extremo alberga un roblón (fig. 3:12), o en su defecto aumentando el número de remaches (fig. 3:13).

La decoración continúa participando de los presupuestos del tipo, y por tanto se ciñe preferentemente a los extremos de la vaina, desarrollando una temática similar; en algunos casos como el mencionado ejemplar de la tumba 31 de Miravche se acusa una fuerte dependencia del estilo frisado de los broches tipo Bureba (especialmente con el tipo IB: Sanz, en prensa); comienzan asimismo a introducirse algunas novedades como los temas de lacerías invadiendo, si bien de forma aún discreta, el área del fuste (ejemplar de Sasamón: Griño, 1989: cat. 92), y por otro lado la técnica del damasquinado en hilos de plata y cobre se extiende definitivamente como respuesta a las demandas más exigentes.

La dispersión geográfica de los ejemplares integrados en esta fase evolutiva (fig. 1) resulta bastante expresiva de lo señalado anteriormente ya que a excepción de tres piezas padillenses, el resto (75% del total) no rebasan el marco del foco palentino-burgalés.

Entre las piezas de tipo VA que incluimos por su longitud en esta fase se

encuentran las siguientes: una de Miraveche (Griño, 1989: cat. 86), dos en Villamorón [Griño, 1989, ya que la hoja 93b asimilada por dicha autora a la vaina 93a pertenece en realidad a otro puñal de contera discoide tal y como se refleja en las fotografías del trabajo inédito de Martínez Santa-Olalla (1923)], y otras dos en Padilla de Duero (Sanz, 1986: fig. 2:7; y la inédita de la tumba 20).

Los puñales de tipo IIB se reparten de la siguiente forma: un ejemplar inédito en Padilla de Duero, tres en Miraveche (Griño, 1989: cat. 61 y 89, a los que añadimos cat. 88 en función de la morfología de la lengüeta trapezoidal de la hoja) y tres más repartidos entre Sasamón (Griño, 1989: cat. 92), Villamorón (Griño 1989: cat. 94) y Monte Bernorio (Griño, 1989: cat. 102).

Los elementos cronológicos para definir esta fase son escasos por los problemas aducidos en los hallazgos del grupo septentrional. Recientemente Martín Valls y Esparza (en prensa) consideran el puñal de la tumba 31 de Miraveche como uno de los primeros en el tiempo, datándole en el siglo IV a. C., siendo expresiva de esta data la presencia entre los materiales de la tumba de una fíbula de doble resorte de puente en cruz, asociación como hemos visto característica en la fase formativa del puñal.

El ejemplar de Padilla procedente de la tumba 20, único beneficiario de un contexto preciso, se asociaba a cerámica hecha a torno y a una fíbula anular hispánica de timbal con montantes o tipo 2e de Cuadrado (1957: 14) cuya cronología se centra a lo largo del siglo IV a. C. (Argente, 1989: 186).

Los ejemplares de esta fase no parecen, pues, muy alejados en el tiempo del tipo V, debiendo corresponder su desarrollo a los comedios del siglo IV a. C.

Un segundo momento de la evolución septentrional del puñal bernoriano se define a partir de los cambios estructurales operados en su empuñadura resuelta al igual que en modelos precedentes con cuatro piezas naviformes unidas por parejas, pero diferenciándose de aquéllas por la inclusión de una lengüetilla central que las conecta (fig. 3:14), redundando en una mayor consistencia y ajuste del pomo y guarda. Estas piezas se articulan con tres barritas verticales (fig. 3:15), la central el propio espigo de la hoja, las cuales se remachan en ambos extremos a placas losángicas o rectangulares que a su vez quedan ancladas en el interior de las piezas naviformes. La modificación de la guarda incide directamente sobre la morfología de la embocadura de la vaina y del extremo proximal de la hoja, resultado de todo ello, respectivamente, la atrofia (fig. 3:16) y práctica desaparición (fig. 3:17) de la antigua lengüeta trapezoidal.

Las longitudes continúan situándose en valores similares a los detentados por los productos de la fase previa de los que éstos son deudores.

A estas características responde un nutrido conjunto de piezas incluidas en los tipos IIIA, IIIB, IIA y IIB, si bien es posible hacer una distinción en función del número de orejetas de remachado presentes en el tramo superior de la vaina. Algunos ejemplares, tanto de contera de cuatro discos (Griño, 1989: cat. 100 y 106; Alvarez, Cebolla y Blanco, 1990: fig. 8:2) como de uno sólo (Griño, 1989: cat. 39, 56, 73, 108, 109, 110 y tal vez 111) disponen únicamente de dos orejetas

(fig. 3:18). Otros por el contrario, y tal vez los que mejor definan esta fase por contar con ciertos datos de cronología relativa, agrupados en el tipo IIA, introducen cuatro orejetas y sus respectivos remaches normalmente de cabeza cónica (fig. 3:19), determinando en la cara posterior dos presillas metálicas (fig. 3:20) frente a la única de los casos precedentes. Así mismo comienza a hacer acto de presencia una pequeña hembrilla hacia la mitad de la cara posterior del fuste (fig. 3:21).

Los tahalís asociados a estas especies se hallan muy próximos a los apuntados para el momento precedente, es decir, poseen un apéndice proximal, contrario al garfio, que puede aparecer más o menos desarrollado y acintado en función de lo cual en su extremo se localizan uno o dos remaches de sujeción (fig. 3:23).

Por lo que a los aspectos decorativos se refiere comprobamos que los modelos de contera discoidal carecen de ornamento, siendo los de cuatro discos el marco elegido para desarrollar la abigarrada decoración damasquinada en plata y cobre. Esta invade ahora completamente la superficie anversa del puñal, al tiempo que los motivos constituidos por lacerías suplantán la temática precedente basada en triángulos, círculos y cuadrados escotados concéntricos.

Como era de esperar la distribución cartográfica de estos ejemplares (fig. 1), al igual que en la fase precedente, continúa ciñéndose de manera prioritaria al círculo norteño, donde radica el 80% de la totalidad de la muestra. Así, en Miravche se recoge una pieza del tipo IIIA (Griño, 1989: cat. 73) y tres más del IIA (Griño, 1989: cat. 65, 78 y también 62, este último aunque la autora no se decante por la pertenencia al tipo IIA o IIB, debe encuadrarse en este grupo en función de la morfología de la hoja carente ya de lengüeta trapezoidal). Por su parte, en la Lora palentina hallan representación todos los tipos señalados para esta fase: tres ejemplares de IIIA (Griño, 1989: cat. 108, 109 y tal vez 111), uno de tipo IIIB (Griño, 1989: cat. 110), dos de tipo IIB (Griño, 1989: cat. 100 y 106) y seis de tipo IIA (Griño, 1989: cat. 99, 103, 104, 105, 107 y también 101, este último aunque interpretado ya por Cabré (1931: lám. III:2) como de dos orejetas, en realidad presenta indicios de otras dos inferiores a las conservadas tal y como pudimos comprobar en el manejo directo de la pieza integrada actualmente en la colección Fontaneda).

Fuera de esta zona se observa una tímida presencia de ejemplares en lugares como Padilla de Duero (uno de tipo IIA en la tumba 28) o la necrópolis de La Osera (una pieza de tipo IIA y dos de tipo IIIA: Griño, 1989: cat. 34 y cat. 39 y 56 respectivamente).

Por lo que a la cronología de esta fase tipológica se refiere son precisamente los hallazgos del Duero Medio y abulenses, curiosamente ajenos a la que constituye el área natural de implantación del modelo, los únicos que proporcionan algunas referencias de interés. Más concretamente estos indicios se ciñen al tipo IIA, ya que los ejemplares de un solo disco de La Osera (Griño, 1989: cat. 39 y 56) carecen de contexto preciso.

Fue precisamente el puñal de la tumba 201 de La Osera, en virtud de su asociación a una espada de La Tène, el que llevó a Cabré a rebajar la datación del arma a los confines del siglo IV o inicios del III a. C. (Cabré y Cabré, 1933: 37). Recientemente Martín Valls y Esparza (en prensa) señalan que tal asociación

no clarifica suficientemente el problema cronológico de estos puñales, ya que la espada posee un período de vigencia amplio entre el siglo IV y la mitad del III a. C.

El ejemplar de la tumba 28 de Padilla de Duero, salido sin lugar a dudas del mismo taller que el señalado previamente, al igual que otro de Monte Bernorio (Griño, 1989: cat. 101), apareció asociado a una espada de gavilanes curvos y a cerámica hecha a torno como elementos más destacados. La espada, pese a las elevadas cronologías que plantean sus paralelos con ejemplares de Can Canyis (Schüle, 1969: 107) debe datarse en el siglo IV a. C. (Martín Valls, 1985: 114) y en este caso, en virtud de su asociación a cerámica torneada, en la segunda mitad del mismo.

La tumba 28 se beneficia además de su situación concreta en la estratigrafía horizontal definida para el yacimiento (Sanz, 1990). Efectivamente vemos que en esta área de la zanja II se han operado una serie de cambios significativos y así, junto a la virtual desaparición de los elementos señalados para el tipo V, se produce ahora la generalización de la cerámica a torno, suplantación de las urnas cinerarias hechas a mano por las torneadas, la extensión de las fíbulas con cabecera perforada y aparición de los modelos de La Tène I y II o la recepción de las placas Bureba de fase intermedia (Sanz, en prensa), etc.

3. Fase de expansión

Consideraremos finalmente una serie de piezas integradas en los tipos I, III y IV, los dos primeros hasta hace bien poco aparentemente exclusivos de las necrópolis abulenses, sirviendo este hecho en buena medida para justificar la idea de una interpretación particular del patrón común del arma según las áreas geográficas o culturales de implantación. Por el contrario, los recientes hallazgos de La Hoya, Palenzuela, Padilla, etc. vienen a demostrar que las piezas de Avila lejos de ser versiones regionales, corresponden a un momento determinado de la evolución del puñal que consideramos ciertamente el postrero y probablemente, a la luz de los datos más puntuales, el de máxima expansión del arma.

Efectivamente analizando la figura 2 comprobamos que los ejemplares incluidos en este epígrafe constituyen porcentualmente el conjunto más representativo de los puñales Monte Bernorio y al mismo tiempo los de máxima dispersión geográfica.

		Yacimientos con puñales tipo Monte Bernorio																				%						
		LA OBERA	LAS COSCINAS	CAN CANYIS	S. ABUL	LA HUYA																						
Núm. ejemplares	piezas	18	8	1	1	21	1	1	2	14	1	1	1	4	1	1	22	1	4	3	3	1	1	1	2	1	2	5
Fase formativa		-	-	-	-	13	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	1	5	-	-	2	-	-	1	1	-	-	20'35
Fase desarrollo	1ª	-	-	-	-	3	-	-	-	-	-	-	-	1	4	1	-	3	-	-	-	-	-	-	-	-	-	10'62
	2ª	3	-	-	-	1	-	-	-	14	-	-	-	-	-	-	-	11	-	-	-	-	-	-	-	-	1	26'55
Fase expansión		15	8	1	-	4	1	1	2	-	1	1	-	-	-	-	-	3	1	4	1	-	-	-	2	-	4	43'38

Fig. 2

Pese a la relativa heterogeneidad que muestran las piezas adscritas a dichos tipos (I, III y IV), manifiesta sobre todo en la morfología de los pomos existentes, hemos optado por considerarlos conjuntamente ya que de momento carecemos de índices cronológicos precisos que permitan matizar su evolución secuencial en el supuesto de que algunos sean previos a otros. Con todo creemos que los modelos de uno y cuatro discos, al igual que en las fases precedentes debieron convivir. Tipológicamente las dimensiones de estas piezas son bastante más reducidas que las vistas en la fase de desarrollo, con valores predominantemente inferiores a los 200 mm. para la vaina.

Frente a las etapas anteriores la guarda se confecciona ahora mediante la unión por remaches de dos placas transversales al eje de la pieza que presentan una escotadura central para salvar la reducida lengüeta de la embocadura (fig. 3:24), de tal forma que la pareja de piezas naviformes ha quedado reducida a un solo elemento de mayor solidez y resistencia (fig. 3:25). Asimismo, la mayoría de los ejemplares del tipo I y III, no así los de tipo IV, experimentan un desarrollo transversal de las aletas de la embocadura (fig. 3:26) que tiene obviamente su reflejo en la guarda.

El sistema constructivo señalado para la guarda es compartido igualmente por el pomo (fig. 3:27), el cual puede obedecer a diversas tipologías: de gran desarrollo transversal (fig. 3:28), frecuentes en tipo III y sobre todo I; cortos, al igual que las guardas (fig. 3:29), característicos del tipo IV, o finalmente rematados en discos (fig. 3:30) (que muy probablemente acusen influencias por lo que a la estética se refiere de las espadas de antenas atrofiadas, y estructuralmente de los puñales biglobulares) que hasta el presente son exclusivos del tipo III (tres piezas en Las Cogotas: Griño, 1989: cat. 4, 5 y 10; dos en Palenzuela: Griño, 1989, cat. 116, y Martín Valls, 1984: fig. 14: 2 y 3; otra sin procedencia: Griño, 1989: cat. 137; varias inéditas de Padilla).

La variedad de formas que acusan los perfiles de las hojas (ya sin lengüeta trapezoidal), determinantes asimismo del trazado de los fustes de la vaina, unas veces estranguladas en su tercio inferior (fig. 3:31), otras triangulares de lados rectos (fig. 3:32) o pistiliformes (fig. 3:33), no parece poseer valor seriativo.

Otro aspecto interesante y característico de las conteras de cuatro discos es la introducción de un nuevo sistema constructivo. En muchos de estos ejemplares, no en todos, observamos que cada uno de los discos se halla conformado por dos placas circulares remachadas por un eje central dejando un espacio intermedio vacío que quizás correspondiera a otro disco realizado en materia orgánica (fig. 3:34; compárese esta estructura con la de la fase 2 de desarrollo fig. 3:22 donde entre las dos chapas del puñal se interpone en la contera un taco metálico; o con la más simple de la fase formativa fig. 3:8, construida exclusivamente mediante las chapas anversa y reversa del puñal). Tal característica, al igual que los pomos de discos, probablemente acuse influencias del sistema constructivo empleado en las empuñaduras de los puñales biglobulares. Asimismo estos discos aparecen siempre unidos dos a dos en sentido vertical, bien sea por barritas rectas (fig. 3:35) (habituales en La Osera, Las Cogotas, recientemente documentadas en Padilla y La Hoya) o incurvadas en forma de C (fig. 3:36) (desconocidas en el foco abulen-

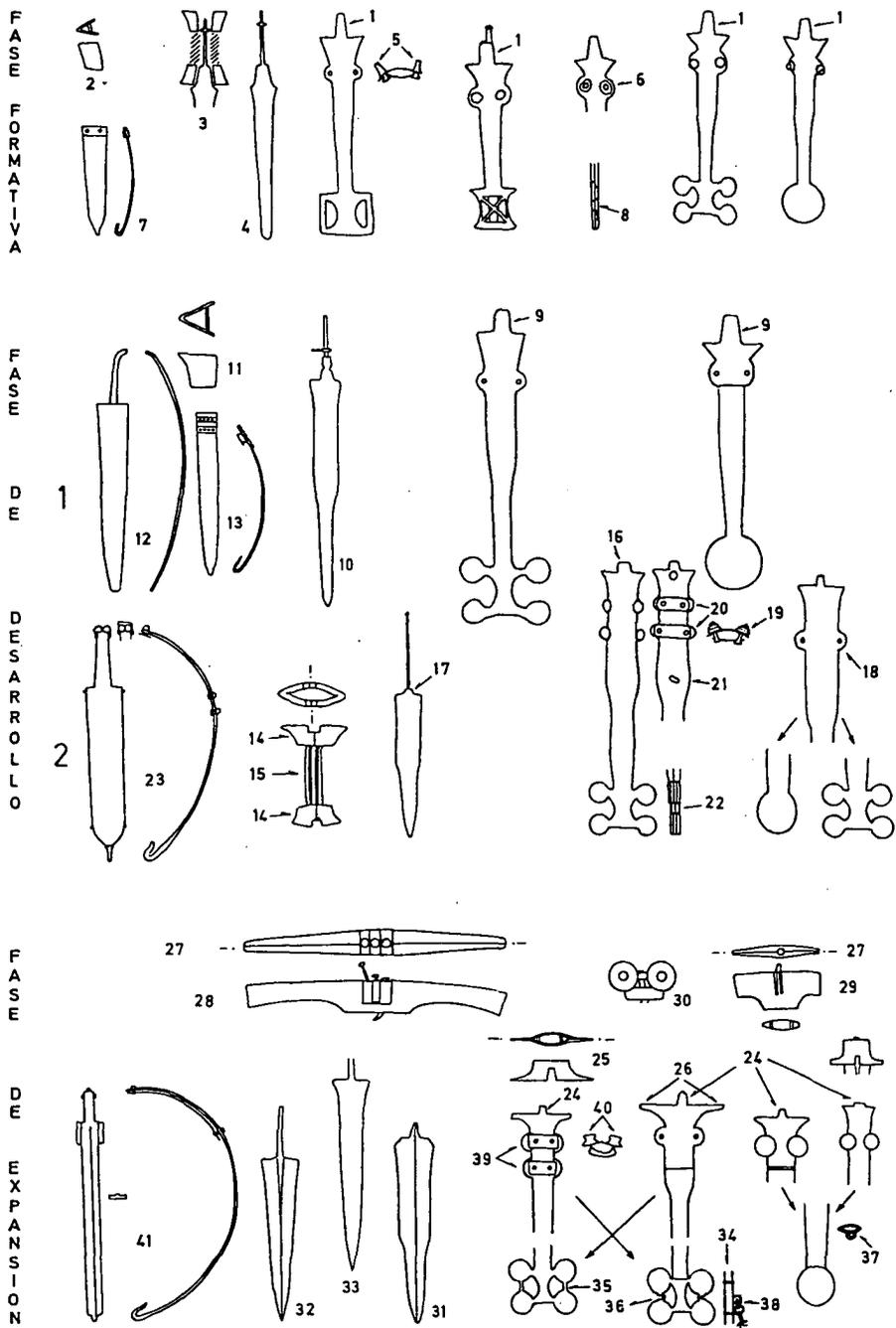


Fig. 3. Secuencia tipológica del puñal de tipo Monte Bernorio. Los números señalan las características morfológicas citadas en el texto.

se, constituyen una nueva variante representada hasta ahora solamente en Padilla y La Hoya).

El sistema de anclaje comprende, como en casos anteriores, varios elementos: hembrillas en reverso de la vaina, orejetas de remachado en su tramo proximal y tahalí. En lo que respecta a las primeras se observa una correspondencia bastante estrecha entre su situación concreta y la tipología del puñal: a mitad del fuste para los ejemplares de un disco (fig. 3:37) y en la propia contera para los de cuatro (fig. 3:38); en estas últimas suele arrancar de la hembrilla una cadeneta con chapetón (no falta alguna rara excepción de hembrillas y cadenillas con chapetón en conteras circulares como Griño, 1989: cat. 60). El número de orejetas fluctúa entre dos y cuatro, observándose en los ejemplares abulenses que los botones en ellas anclados se remachan en el reverso mediante simples arandelas cuadradas o circulares (a semejanza de lo visto para la fase formativa e inicial de la de desarrollo), careciendo, pues, de las láminas o presillas metálicas documentadas en los ejemplares del segundo momento de la fase de desarrollo. Estas presillas hallan representación, sin embargo, entre piezas de tipo I, III o IV de la zona septentrional (fig. 3:39) (La Hoya, Miraveche, Padilla) lo que tal vez pudiera interpretarse como aspecto diferenciador de base regional.

Otro aspecto a destacar es la tipología que adquieren las cabezas de los remaches de las orejetas, formadas por varios troncoconos superpuestos y chaparros (fig. 3:40), que posiblemente proporcionen un índice evolutivo ya que son paralelizables con los detentados por las nuevas placas rectangulares ibéricas que en el foco broncíneo septentrional acaban suplantando a las placas de tipo Bureba.

Finalmente por lo que a los tahalís se refiere comprobamos que junto a los modelos con apéndice proximal vistos en la fase previa, se desarrollan otros más complejos frecuentemente chapados en bronce, de gran desarrollo longitudinal y fuertemente incurvados, a veces articulados por bisagra, en los que suele producirse un engrosamiento en el tránsito del tramo proximal al medio. Las secciones en el tramo medio y más extenso del tahalí acusan frecuentemente forma cóncava en el anverso, a veces con nervio central (fig. 3:41), lo que recuerda poderosamente las secciones de algunas fíbulas de torrecilla lateral, tan frecuentemente asociadas a estos puñales en las tumbas de La Osera como veremos seguidamente.

Como ya señalamos la dispersión geográfica de estos productos se ceñía hasta hace bien poco casi exclusivamente al foco meridional donde a excepción de los tres ejemplares de La Osera encuadrables en la fase de desarrollo del arma, la totalidad de la muestra responde a la tipología I y III, sin que parezca llegaran a cuajar los ejemplares de empuñadura estrecha característica del tipo IV.

Los nuevos hallazgos al margen de Avila desvelan claramente la extensión de estos tipos a la generalidad de las áreas tradicionales de distribución del arma en etapas precedentes (fig. 1). Así, en el curso alto del Duero continúa observándose una tímida presencia de hallazgos como quizás la hoja pistiliforme de la tumba 30 de Ucero (García-Soto, en prensa), los dos ejemplares de Almazán (Griño, 1989: cat. 121 y 122) o tal vez algunos tahalís que por su mal estado de conservación resulta difícil adscribir a un determinado momento (Griño, 1989: cat. 120, 125 a 127).

Mejor representación hallan en el Duero Medio, donde la necrópolis de Padilla ha arrojado varios ejemplares en conjuntos cerrados (tumbas 17, 30, 32, 33 y 35) y también, desprovistos de contexto preciso, algunas conteras y numerosas piezas naviformes de desarrollo transversal, cortas (propias del tipo IV) o discoidales. El poblado de El Soto de Medinilla aporta también un ejemplar más, constituido por una hoja triangular desprovista de su vaina pero conservando completa y en conexión su empuñadura (propia del tipo IV) (Escudero, 1988:40).

En su proyección hacia el norte nos encontramos con un nuevo hito en la necrópolis de Palenzuela, la cual ha proporcionado un ejemplar de pomo rematado en discos, probablemente no el único a juzgar por la buena representación que aquí hallan estas armas (Martín Valls, 1984: 40 y fig. 14: 2-3), o por el testimonio de algún fragmento de pomo hallado previamente a las intervenciones arqueológicas en el lugar (Griño, 1989: cat. 116). Por el contrario en el yacimiento también palentino de Monte Bernorio no se conoce ningún ejemplar asimilable a esta fase tipológica.

Tampoco encuentran buena representación en el área burgalesa, ya que las evidencias se reducen a tres ejemplares de Miraveche integrados en las tumbas 22, 42 y 60 (Griño, 1989: cat. 60, 80 y 74 respectivamente, el primero de tipo III y los dos últimos de tipo IV) y uno de Villanueva de Teba (Griño, 1989: cat. 96).

Al oriente de la Bureba, en la rioja alavesa la necrópolis de La Hoya parece estar proporcionando un número relativamente importante de estas piezas, habiéndose dado a conocer hasta el presente algunos tahalís y cuatro ejemplares de tipo I (Fillooy, 1990; fig. 4), mencionándose asimismo la presencia de piezas de un solo disco aparentemente correspondientes al tipo IV (Llanos, 1990: 138 y 142).

Finalmente los hallazgos cántabro-astures de Matienzo (Smith y Muñoz, 1984: lám. IV) y Caravias (Cabré, 1931: fig. 2:3-4) o el más problemático de Cáceres (Griño, 1989: cat. 97) serían exponente de la máxima expansión del arma.

El acotamiento cronológico de esta fase postrera no resulta sencillo de establecer. A nivel general creemos debe datarse a partir del final del siglo IV a. C., centrado su implantación en el III, con perduraciones cuando menos hasta el II a. C., si bien según las áreas geográficas será necesario ir matizando estas fechas.

En el foco septentrional (y pensamos ahora en la Bureba y en la Rioja alavesa, ya que en la Lora palentina se desconocen estos modelos), dejando a un lado los hallazgos minoritarios de Miraveche, comprobamos cómo en la necrópolis inédita de Villanueva de Teba aparece un solo ejemplar de tipo IV (Griño, 1989: cat. 96) frente a los numerosos de empuñaduras y vainas bronceas (tipológicamente próximos en algunos aspectos a los puñales biglobulares), lo que, al igual que la presencia única de una placa tipo Bureba entre las abundantes rectangulares ibéricas, sugiere para ambos especímenes un elevado grado de residualidad en un momento inicial para el yacimiento que ha sido fijado en la segunda mitad del siglo III a. C. (Abásolo et alii, 1982: 26). Sin contexto, aunque probablemente de esta área burgalesa, interesa destacar una pieza excepcional de contera unidiscoidal montada completamente en chapa de bronce ricamente ornada mediante estampación de triángulos rellenos de perlitas (Alvarez, Cebolla y Blanco, 1990: fig. 8:1). Tal ejemplar nos sugiere una fuerte dependencia con los nuevos puñales

chapados en bronce, ya del tipo Villanueva ya biglobulares, constituyendo, pues, un claro exponente de la adaptación de los modelos bernorianos a los nuevos presupuestos imperantes, en un ambiente de marcada residualidad para nuestro tipo.

Las cronologías propuestas para los ejemplares aparecidos en La Hoya entre mediados del siglo V y mediados del IV a. C. (Fillooy, 1990: 241) resultan en exceso antiguas al menos por lo que se refiere a los tipos ahora considerados, más aún si se confirma su aparente convivencia con puñales biglobulares. Esta asociación reclamaría cuando menos un siglo III a. C. de aceptar las fechas más altas propuestas para las armas de empuñadura biglobular (Schüle, 1969: cuadro tipocronológico; Argente y Díaz, 1979: 128) o incluso los comedios de dicha centuria en adelante (Fernández, 1986: 453).

En definitiva por lo que al foco norteño se refiere y evidentemente con un elevado grado de provisionalidad acorde al carácter inédito de los resultados arqueológicos obtenidos en sus principales yacimientos, parece que los hallazgos de La Hoya pudieran representar el momento en que puñales Monte Bernorio y biglobulares o próximos a éstos entraran en competencia, mientras que el contexto de Villanueva de Teba señalaría ya el declinar definitivo del tipo bernoriano en esta zona.

Probablemente a cronologías similares, centradas en el siglo III e incluso en un momento pleno del mismo, deban llevarse la mayoría de los puñales del foco abulense, donde quizás la asociación más característica de materiales sean las fibulas de torrecilla lateral con cabecera perforada. Efectivamente dicha asociación se produce reiteradamente en las tumbas 4, 509 y 514 de la zona VI de la necrópolis de La Osera (Cabré, Cabré y Molinero, 1950: 183). Estas dos últimas tumbas proporcionan, por otro lado, un término *ante quem* para el armamento objeto de estudio, si bien excesivamente impreciso, al ser fosilizadas por el tercer recinto del castro de Chamartín cuya construcción se pone en relación con las campañas de Postumio (179 a. C.) o Viriato (155 a. C.) (Martín Valls, 1985: 129).

Algunas ausencias parecen apoyar igualmente el carácter tardío de la muestra abulense. Así la negación de fibulas de doble resorte de puente en cruz o broches Bureba, característicos como vimos de la fase formativa y de desarrollo del puñal bernoriano, señalaría el relativo aislamiento o marginalidad del grupo meridional en los momentos representados por dichas fases con respecto a los flujos comerciales operados entre el Duero Medio y áreas septentrionales.

Tampoco puede soslayarse el hecho de que en el sector de necrópolis hasta ahora conocido de El Raso de Candeleda, cuyo límite más moderno se sitúa en la mitad del siglo III a. C. (Fernández, 1986: 984), no se localizara ningún puñal de tipo Monte Bernorio. Esta ausencia podría obedecer a factores geográficos de aislamiento por su situación al Sur del Sistema Central, aunque dados los vínculos de cultura material con las necrópolis de La Osera-Las Cogotas al menos parece lícito plantear que dicha ausencia pueda responder más bien a factores de índole cronológica, es decir, que en El Raso no se localizan puñales Monte Bernorio porque la mayoría de los existentes en Avila responden a corrientes comerciales desarrolladas en un momento pleno del siglo III a. C., al que escapa el registro hasta ahora obtenido en El Raso de Candeleda.

En definitiva como ya señalara Schüle (1969: 109) los especímenes de pomos muy desarrollados transversalmente y reducida lengüeta serían los más evolucionados o tardíos de la serie, y por tanto habría que datarlos en el límite más moderno de su tabla cronológica o siglo III a. C., pudiéndose incluso postular su prolongación en el tiempo en virtud de algunas piezas singulares en el valle del Duero Medio que veremos seguidamente.

De entre los hallazgos de Padilla de Duero destacaremos una pieza naviforme excepcional correspondiente a un pomo de gran desarrollo transversal (¡nada menos que 265 mm. de anchura!) decorado con temática geométrica y técnica damasquinada en el anverso, y con motivos figurados en su reverso y canto superior (Romero y Sanz, en prensa: fig. 2: 19), de las que resaltan unas enigmáticas esquematizaciones de animales en «perspectiva cenital». Los abundantes paralelos de esta iconografía tanto en cerámica, metal o piedra, e incluso las propias representaciones figurativas, parecen reclamar cronologías muy tardías del siglo I a. C. e incluso del cambio de Era (Romero y Sanz, en prensa), si bien por el momento somos partidarios de no llevar estos puñales más allá del siglo II a. C., ya que tanto ésta como el resto de las piezas evolucionadas padillenses se asocian en todos los casos a cerámica torneada y hecha a mano y en el poblado próximo de Las Quintanas comprobamos cómo los niveles celtibéricos de época sertoriana se hallan desprovistos de las producciones elaboradas a mano tan habituales en el nivel infrayacente (Sanz et alii, 1989: 13).

Por su parte, los ejemplares de tipo IV parecen responder igualmente a un momento tardío, próximo al representado por las piezas de grandes pomos. Así parece confirmarse en el Soto de Medinilla, cuya hoja enmangada habría que fechar de seguir las datas tradicionales en los siglos II-I a. C., si bien no existen argumentos de peso que impidan remontar la cronología más allá de esos límites teóricos (Escudero, 1988: 41).

En el alto Duero, la tumba 78 de La Mercadera proporcionó un tahalí característico de la tipología bernoriana, asociado sin embargo a un puñal biglobular (Griño, 1989: cat. 126). Esta asociación, apuntada igualmente en el área septentrional, parece plantearnos una vez más la convivencia del puñal Monte Bernorio con los biglobulares y la paulatina implantación de estos últimos hasta generalizarse en la época de dominación romana. En cualquier caso la dispersión cartográfica que ofrecen éstos se halla centrada fundamentalmente en dos áreas, oriental y abulense, y pese a que más recientemente se estén localizando piezas al interior de la Meseta como las de Palenzuela (Martín Valls y Esparza, en prensa), el relativo vacío interior tal vez sea consecuencia directa de la mayor implantación y arraigo secular que el puñal tipo Monte Bernorio llegó a alcanzar en esta zona centro de la Cuenca del Duero.

Para concluir debemos señalar que la secuencia tipológica propuesta en el transcurso de estas líneas constituye, ante todo, una hipótesis de trabajo, fundamentada eso sí en las evidencias observadas sobre todo en el registro arqueológico de Padilla de Duero, cuya sanción o modificación habrá de producirse a la luz de los datos proporcionados por futuras investigaciones. Con ella hemos pretendido igualmente ordenar dentro de un esquema coherente la evolución sufrida por

el arma a lo largo de su vigencia, en un momento en el cual la multiplicación de hallazgos en zonas tradicionalmente marginales podía teñir el material tal vez de cierta inexpresividad.

Finalmente, creemos que aspectos como la desigual distribución cartográfica observada para los diversos tipos integradores del modelo bernoriano, debidamente contrastados con la de otros elementos como broches, fíbulas, etc., en las que venimos trabajando, darán quizás en un futuro no muy lejano, nuevas y reveladoras lecturas sobre los fenómenos de relación y comercio acontecidos entre las diversas comunidades que durante la II Edad del Hierro poblaron la Meseta Norte, relegando en buena medida, incluso, los planteamientos aislacionistas defendidos tradicionalmente para culturas como la de Miraveche-Monte Bernorio.

BIBLIOGRAFIA

- Abásolo, J. A. et alii (1982): *Arqueología Burgalesa*. Burgos.
- Alvarez Gracia, A.; Cebolla Berlanga J. L. y Blanco Morte, A., (1990): «Elementos metálicos de tipo celtibérico. La colección Pérez Aguilar», *II Simposio sobre los Celtíberos: Necrópolis Celtibéricas*. Daroca, 1988. Zaragoza.
- Argente Oliver, J. L. (1989): *Las fíbulas en la Meseta. Su valoración tipológica, cultural y cronológica*, Colección Tesis Doctorales. N.º. 54/89. Madrid.
- Argente Oliver, J. L. y Díaz Díaz, A. (1979): «La necrópolis celtibérica de Tiermes (Carratermes, Soria)», *Noticario Arqueológico Hispánico*, 7: 95-151.
- Cabré, J. (1916): «Una sepultura de guerrero ibérico de Miraveche (Burgos)», *Archivo Español de Arte y Arqueología*, III: 1-16.
- (1920): «Acrópolis y necrópolis cántabras de los celtas Berones del Monte Bernorio», *Sociedad Española de Amigos del Arte*: 5-34.
- (1931): «Tipología del puñal en la cultura de Las Cogotas», *Archivo Español de Arte y Arqueología*: 221-241.
- (1940): «La Caetra y el Scutum en Hispania durante la Segunda Edad del Hierro», *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, VI: 57-84.
- Cabré, J. y Cabré M. E. (1933): «Datos para la cronología del puñal de la cultura de Las Cogotas», *Archivo Español de Arte y Arqueología*, 25: 37-45.
- Cabré, J.; Cabré, M. E. y Molinero, A. (1950): «El castro y la necrópolis del hierro céltico de Chamartín de la Sierra (Avila)», *Acta Arqueológica Hispánica*, V.
- Cabré, J.; Molinero, A. y Cabré, M. E. (1932): «La necrópolis de La Osera», *Sociedad española de antropología, etnografía y prehistoria*, XI: 21-52.
- Cabré, M. E. y Morán, J. A. (1975): «Dos tumbas datables de la necrópolis de Alpanseque (Soria)», *Archivo de Prehistoria Levantina*, XIV: 123-137.
- (1977): «Fíbulas en las más antiguas necrópolis de la Meseta Oriental Hispánica», *Revista de la Universidad Complutense*, 109, *Homenaje a García y Bellido*, III: 109-143.
- (1982): «Cabré y la arqueología céltica meseteña del Hierro II», *Juan Cabré Aguiló (1882-1982), encuentro de homenaje*. Zaragoza: 65-78.
- Campano Lorenzo, A. y Sanz Mínguez, C. (1989): «Fíbulas de doble resorte de puente en cruz», *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LV: 61-78.
- Cuadrado, E. (1957): «La fíbula anular hispánica y sus problemas», *Zephyrus*, VIII: 6-76.
- Escudero Navarro, Z. (1988): «El Soto de Medinilla. Cultura Celtibérica», *Rev. de Arqueología*, 89: 32-41.

- Filloo Nieva, I. (1990): «Tahalfes y otros elementos de anclaje en la necrópolis celtibérica de La Hoya (Laguardia, Alava)». *II Simposio sobre los Celtíberos: Necrópolis Celtibéricas*. Daroca, 1988, Zaragoza: 241-246.
- García-Soto, E. (en prensa): «Tumbas con puñales tipo Monte Bernorio en la necrópolis celtibérica de Ucero». *II Symposium de arqueología soriana*. Soria, 1989.
- García y Bellido, A. (1933): «Sobre el probable origen del puñal español posthallstático del tipo llamado de «Miraveche» o «Monte Bernorio», *Investigación y Progreso*, VII: 207-211.
- Griño, B. (1989): *Los puñales de tipo Monte Bernorio-Miraveche. Un arma de la Segunda Edad del Hierro en Cuenca del Duero*. B.A.R. International Series 504 (i, ii). Oxford.
- Gutiérrez González, J. A. (1985): *Poblamiento antiguo y medieval en la montaña central leonesa*, León.
- Martín Montes, M. A. (1984): «La fíbula anular hispánica en la Meseta peninsular. I. Origen y cronología, su estructura y clasificación tipológica», *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 19: 36-46.
- Martín Valls, R. (1984): *Prehistoria palentina*, en Julio González (dir.), *Historia de Palencia*, I: Edades Antigua y Media: 34-46. Palencia.
- (1985): «Segunda Edad del Hierro. Las Culturas prerromanas», en Delibes, B., Fernández, J., Romero, F. y Martín, R., *La prehistoria del Valle del Duero*, *Historia de Castilla y León*, vol. I, Valladolid: 104-131.
- Martín Valls, R. y Esparza Arroyo, A. (en prensa): «Génesis y evolución de la Cultura Celtibérica», reunión sobre *Paleoetnología en la Península Ibérica. Etnogeografía*, Madrid, diciembre 1989.
- Martínez Martínez, C. (en prensa): «El armamento celtibérico en la necrópolis de Carratiermes», *II Symposium de arqueología soriana*. Soria, 1989.
- Martínez Santa-Olalla, J.: *Prehistoria burgalesa*, 1923, inédito.
- Misiego Tejada, J. C. y Altares Lucendo, J. (en prensa): «La cerámica a peine de la necrópolis de Carratiermes (Soria)», *II Symposium de arqueología soriana*. Soria, 1989.
- Romero Carnicero, F. y Sanz Mínguez, C. (en prensa): «Representaciones zoomorfas prerromanas en perspectiva cenital. Iconografía, cronología y dispersión geográfica», *II Symposium de arqueología soriana*. Soria, 1989.
- Sacristán de Lama, J. D. y Ruiz-Vélez, I. (1985): «La Edad del Hierro», en Montenegro Duque, A. (dir.), *Historia de Burgos*, vol. 1, Burgos: 178-220.
- Sanz Mínguez, C. (1986): «Variantes del puñal de tipo Monte Bernorio en el valle medio del Duero», *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LII: 25-46.
- (1990, a): recensión a: Griño, B. (1989): *Los puñales de tipo Monte Bernorio-Miraveche. Un arma de la Segunda Edad del Hierro en Cuenca del Duero*. B.A.R. International Series 504 (i, ii). Oxford, en *Trabajos de Prehistoria*, 47:
- (1990, b): «Rituales funerarios en la necrópolis celtibérica de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)». *II Simposio sobre los Celtíberos: Necrópolis Celtibéricas*. Daroca, 1988, Zaragoza: 159-170.
- (en prensa): «Broches tipo Bureba. Tipología, cronología y dispersión», *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*.
- Sanz Mínguez, C. et alii (1989): *Padilla de Duero: Investigaciones arqueológicas 1985-1989*. Valladolid.
- Schüle, W. (1969): *Die Meseta Kulture der Iberischen Halbinsel, Madrider Forschungen*, 3. Berlín.
- Smith, P. y Muñoz, E. (1984): «La ocupación de las cuevas en la Edad del Hierro», *Boletín Cántabro de Espeleología*, 4: 129-139.